

UNA VIDA EN LAS CARRERAS

editorial minúscula

Tour de force, 16

Gerald Murnane

Una vida en las carreras

Traducción de Carles Andreu

editorial  minúscula
BARCELONA

Título original: *Something for the Pain. A Memoir of the Turf*

© Gerald Murnane 2015

First published by The Text Publishing Co. Australia.

Published by arrangement with International Editors Co. and The Text Publishing Co. Australia.

© de la traducción: 2018 Carles Andreu

Revisión: Marta Hernández

© 2018 Editorial Minúscula, S. L.

Sociedad unipersonal

Av. República Argentina, 163

08023 Barcelona

minuscula@editorialminuscula.com

www.editorialminuscula.com

Primera edición: febrero de 2018

Diseño gráfico: Pepe Far

Imagen de la cubierta: © iStock.com/Suwatwongkham



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona

Impresión: Romanyà Valls

ISBN: 978-84-946754-0-9

Depósito legal: B-2240-2018

Printed in Spain

1. Something for the Pain: algo para el dolor

Las máquinas y la tecnología siempre me han intimidado. No me atreví a utilizar un cortacésped mecánico hasta que tuve más de cincuenta años y mis hijos fueron lo bastante mayores para ayudarme a ponerlo en marcha. Me compré un teléfono móvil hace quince años y desde entonces lo llevo en el maletero del coche. De vez en cuando lo saco para hacer una llamada, pero nunca he aprendido a guardar números. Mi anterior coche tenía un reproductor de cintas de casete y logré aprender a utilizarlo. Sin embargo, el coche que me compré hace cuatro años solo admite cedés. En casa tengo algunos discos que escucho muy de vez en cuando, pero que no justifican la molestia de enfrentarme al artilugio de mi salpicadero. Puedo usar la radio del coche, pero vivo en un distrito apartado donde recibo muy pocas emisoras y sus programas no me interesan. Por suerte, puedo sintonizar la emisora que transmite carreras de caballos de toda Australia, y a veces incluso de Nueva Zelanda. Yo sigo llamándola 3UZ, aunque desde hace unos años tiene un nombre más sofisticado.

Hasta hace algunos años, el *Herald Sun* publicaba cada día un listado con los caballos participantes, los *jockeys* y la planilla de todas las carreras cubiertas por la Victorian TAB, la agencia estatal de apuestas. Hoy en día en la pren-

sa escrita tan solo aparecen unas cuantas carreras. Sé que los detalles del resto de carreras deben de estar disponibles en una página web u otra, pero un hombre que no sabe utilizar el reproductor de cedés del coche difícilmente será capaz de utilizar un ordenador. Por eso, cuando circulo por alguna carretera solitaria del lejano oeste del estado de Victoria y pongo la radio del coche, lo más probable es que nunca haya visto impresos los nombres de los caballos que participan en la carrera que oigo. No solo eso, sino que es fácil que la carrera tenga lugar en un hipódromo situado en algún lugar lejano de la inmensa parte de Australia donde no he estado nunca. Entonces, ¿qué veo al oír la rápida narración de posiciones cambiantes de unos caballos para mí desconocidos en un lugar que solo he visto en los mapas?

Para mí, la escritura tiene por lo menos una ventaja sobre el habla. Al escribir, me detengo a menudo para asegurarme de que las palabras que me dispongo a anotar sean realmente precisas. Es posible que alguna vez, en una conversación, le haya contado a alguien que, mientras conduzco solo, a menudo veo mentalmente un grupo de caballos acercándose al poste de meta de Gunnedah, Rockhampton o Northam. Pero no voy a escribir que veo nada por el estilo. Lo que debería escribir es que la narración radiofónica de una carrera hípica me trae a la mente una vorágine de imágenes vagas, borrosas, y si bien algunas son de caballos montados por *jockeys*, la mayoría no tienen nada que ver con caballos ni con *jockeys*. Las imágenes van acompañadas de sentimientos, algunos fáciles de reseñar —como mi deseo de que se imponga uno u otro de los caballos— y otros ciertamente difíciles de describir.

A lo mejor, si yo fuera jinete, al oír la narración de una carrera me sería más fácil evocar los caballos. Tal vez

podría incluso imaginar la carrera desde el punto de vista del *jockey*, con un caballo veloz, desbocado, entre las piernas. Pero lo cierto es que nunca he montado a caballo y menos aún lo he puesto al galope o siquiera al galope corto. En realidad, durante las incontables horas que he pasado en hipódromos nunca me he fijado en los caballos. Cuando recuerdo algunos de los caballos famosos que he visto correr —Tulloch, Tobin Bronze, Vain, Kingston Town y similares—, no evoco imágenes de bayos, alazanes, castaños o lo que sea, con sus cabezas y portes distintivos. Lo que recuerdo es, por ejemplo, el final de la primera carrera que Tulloch ganó en Melbourne, en el marco del Caulfield Cup Day de 1956, o las fotos de su veterano propietario que se publicaron en la prensa durante las semanas que el viejo chocho estuvo titubeando sobre la participación de Tulloch en la Melbourne Cup de 1957. Nunca deja de acudir a mi mente una imagen de los colores de carreras de Tulloch: chaquetilla a rayas rojas y blancas, con mangas y gorra negras. También veo las facciones del *jockey* que solía montar a Tulloch, Neville Sellwood, el mismo hombre que impidió deliberadamente que Tulloch ganara la Melbourne Cup de 1960, del mismo modo que había impedido que otro favorito, Yeman, se adjudicara la Cup de 1958. (No puedo demostrar ninguna de estas dos afirmaciones, pero para mí se trata de datos históricos.) Del mismo modo que veo todas estas cosas en mi mente, vuelvo a experimentar sentimientos eternamente ligados a esas imágenes recordadas. Incluso es posible que, por un momento, me convierta de nuevo en el joven atribulado que era cuando Tulloch competía. Pero no quiero adentrarme todavía en eso. Se supone que debo escribir sobre mi yo presente, solo en el coche, en una carretera desierta, oyendo la narración

sobre un grupo de caballos desconocidos que corren en un hipódromo lejano.

Hay muchas personas que parecen creer que lo que les pasa por la mente es una especie de película, la repetición de cosas que ya han sucedido, o de cosas que tal vez sucedan en el futuro. Y si bien es posible que alguna gente vea películas en su cabeza, la mayoría de secuencias que acuden a mi mente se parecen más a dibujos animados, tiras cómicas o cuadros surrealistas. A menudo los sonidos de una retransmisión ecuestre me traen a la mente imágenes de lo que veía durante los primeros años en que oí esos mismos sonidos. Me refiero a los años que van de 1944 a 1948, cuando vivía en una casita de madera en Neale Street, en Bendigo. Durante esos años me habría encantado sentarme en la cocina con mi padre los sábados por la tarde y escuchar con él las retransmisiones de carreras que se disputaban en Flemington, Caulfield, Moonee Valley o Mentone, pero tanto mi padre como mi madre se habían propuesto disuadirme de ello. Si ya intuían que su hijo mayor iba camino de terminar obsesionándose con las carreras de caballos, desde luego estaban en lo cierto. Si creían que su hijo acabaría apostando de forma temeraria e insensata a los caballos, como solía hacer su padre, se equivocaban. Y si pensaban que impidiéndole oír las retransmisiones ecuestres iban a lograr aplacar el interés de su hijo por las carreras de caballos, también se equivocaban.

A mediados de la década de 1940 Bendigo era un lugar tranquilo. Por Neale Street o por la cercana McIvor Road circulaban muy pocos vehículos de motor. Incluso desde el jardín, en mi paisaje inventado de granjas, carreteras y pueblos, cada uno con su hipódromo en las afueras, podía oír todo lo que necesitaba oír en los sonidos procedentes de la vieja radio de la cocina. Lo que oía no eran palabras claras,

sino voces distantes: un canturreo o salmodia que empezaba suavemente, iba creciendo de forma regular, alcanzaba el clímax y volvía a quietarse. Nunca había presenciado una carrera de caballos, pero cada miércoles prestaba gran atención a las páginas centrales del *Sporting Globe*. Aquel próspero rotativo se imprimía siempre sobre papel rosado, lo que daba a las reproducciones borrosas de fotografías en blanco y negro un aspecto todavía más gris y granuloso. Las páginas centrales del *Globe*, como lo llamaba todo el mundo, incluían todos los resultados de las carreras que se habían disputado en Melbourne el sábado anterior. En los márgenes figuraban estadísticas detalladas, y a ambos lados de la columna central estaban las fotografías que yo estudiaba con gran atención: dos fotografías por carrera, una de los caballos en la curva de meta y otra de los mismos caballos en la meta.

Las imágenes, como ya he escrito más arriba, eran grises y granuladas. Además, varios de los hipódromos de Melbourne estaban contruidos de tal forma que la meta quedaba a la sombra de la tribuna principal a partir de media tarde. A consecuencia de ello, si uno quería ver en el *Globe* las imágenes de los caballos en sí debía aguzar mucho la vista para poder distinguirlos del fondo borroso. Eso nunca me molestó. Yo aprendía todo lo que quería saber de los nombres de los caballos, que figuraban claramente impresos en letras mayúsculas en la mitad superior de cada ilustración. Los nombres aparecían en el interior de un rectángulo enmarcado, y de algún punto del margen inferior de dicho rectángulo descendía una especie de estalactita curva que conectaba con la cabeza del caballo al que correspondía ese nombre.

Casi setenta años más tarde, todavía recuerdo algunos de los primeros nombres que leí en el *Sporting Globe*. Más claramente aún recuerdo el efecto que producía en mí recitar

esos nombres tal como lo hacían los locutores de carreras. De hecho, recuerdo tan vívidamente el efecto de algunos nombres que aún hoy soy capaz de prescindir del significado que el diccionario otorga a esos nombres y ver tan solo el conjunto de imágenes que evocaban en su día, así como el estado de ánimo que dichas imágenes suscitaban en mí. Así, por ejemplo, ignoraba el significado de la palabra *Hiatus* [hiato] o si la palabra constaba siquiera en algún diccionario. Pero era leer esa palabra encima de la imagen borrosa de un caballo de carreras en el *Globe* y ver la imagen de un pájaro sobrevolando una playa o un estuario desiertos. Pasarían muchos años antes de que descubriera quiénes eran los *Icene* [icenos] o quién había sido Tamerlán. La palabra *Icene* encima de la imagen borrosa de un caballo de carreras evocaba en mi mente una bata larga, de color blanco plateado, que vestía un eminente personaje femenino, así como el agradable sonido que hacía la cola de la bata al arrastrarse por un suelo de mármol color crema. Con *Tamerlane* imaginaba un sendero cubierto de hierba y bordeado de tamariscos. En cambio, había muchos nombres que no me decían nada o que incluso me repelían. (Ya entonces era de la opinión, que todavía sostengo, de que a la mayoría de caballos de carreras les ponen unos nombres muy poco apropiados.) De la década de 1940 recuerdo todavía nombres tan sosos como Lord Baden, Cheery Boy o Zezette. Los caballos que llevaban esos nombres nunca hacían nada en mis primeras carreras imaginarias, en las que invariablemente se imponían caballos con nombres interesantes.

Apenas he empezado a describir la complejidad de lo que veía y sentía durante esas carreras imaginarias. El fondo lo formaban vagas formas de caballos, pero en primer plano había algo más que unos nombres en mayúsculas y las

imágenes que dichos nombres suscitaban. Flotando había también imágenes imprecisas de personas, la mayoría de ellas hombres vestidos con traje y corbata, y con sombreros de fieltro gris calados hasta las cejas.

En la década de 1940, y durante varias décadas más, en Australia los caballos de carreras eran generalmente propiedad de un único hombre, y todos los entrenadores y *jockeys* eran hombres. Hoy en día predomina la propiedad sindicada, en muchos casos en manos de diez socios o incluso más, pero yo crecí convencido de que el propietario típico de un caballo de carreras en Melbourne era un hombre de negocios o ganadero rico, un médico o un abogado. El entrenador típico tal vez no ostentara el mismo estatus social que los propietarios, sus clientes, pero su aspecto no era muy diferente, y si además era de esos que los periodistas deportivos calificaban de «listos» o «astutos», incluso podía llegar a ser más rico que ellos. Como en las calles de Bendigo no había hombres ricos ni bien vestidos, los hombres prototípicos que imaginaba debían de proceder de las ilustraciones que veía en los periódicos. En cuanto a la historia y personalidad de esos hombres, parece que ya me había dado cuenta de que se trataba de detalles muy poco relevantes en un hipódromo: el propietario o entrenador se definía solo en función del rendimiento de sus caballos.

Mis caballos imaginarios tenían *jockeys* imaginarios, pero estos eran básicamente inescrutables. Lo más cerca que estuve de ver a un *jockey* auténtico fue una tarde fría en que acompañé a mi padre al recinto hípico de Bendigo, durante la Feria de Pascua, y un puñado de caballos trotones desfilaron antes de una carrera que formaba parte de un programa que incluía también carreras a pie, carreras en bicicleta y varios concursos de tala con hacha. Mi padre llamó

a un conductor que conocía y este guió su caballo hasta la verja exterior, se reclinó en su sulqui y ambos intercambiaron unas palabras. Mientras el caballo y el conductor se acercaban, mi padre me había dicho que aquel tipo era Clarry Long y que el caballo era Great Dalla. Clarry, como muchos habitantes de Bendigo, era de ascendencia china, y su actitud eminentemente inexpresiva hacía que pareciera más seguro de sí mismo que yo o que mi padre. Clarry llevaba el primer uniforme de carreras que vi en mi vida, y la misma luz tenue que brillaba en lo alto de un poste cercano y que daba a su rostro un aspecto ceroso iluminaba débilmente el satén de su chaquetilla. Hace ya tiempo que decidí que los colores de Great Dalla eran marrón con estrellas y gorra azul pálido, pero la luz que iluminaba las estrellas aquella tarde lejana en el lejano Bendigo era tan incierta que a veces me digo que las estrellas sobre el fondo marrón no eran de color azul pálido, sino plateado, o incluso malva o morado.

Los exiguos detalles que he aportado en la media docena de párrafos precedentes me permitieron crear el complejo conjunto de imágenes que acudía a mi mente cada vez que oía desde el jardín los sonidos de una retransmisión ecuestre. En otros momentos, el canturreo del locutor me traía imágenes de siluetas de caballos de color rosa palo, de espectadores que observaban expectantes desde debajo del ala de sus sombreros y de *jockeys* con rostros como máscaras y chaquetillas de colores indefinidos. Era consciente también de que, al tiempo que esas imágenes pugnaban y rivalizaban unas con otras, había mucho en juego.

La voz humana es un instrumento maravilloso, y el oído que la interpreta no lo es menos. Tengo la impresión de que, ya durante mis primeros días como radioyente de retransmisiones ecuestres, tomé conciencia de que hay locuto-

res capaces de transmitir a sus espectadores, a veces cuando los caballos se encuentran aún a cien metros o más de la meta, que uno u otro de los contendientes va a imponerse sin lugar a dudas. En algunas de esas carreras, el probable ganador puede haberse deshecho con claridad del resto; en otras es posible que vaya por detrás de los líderes, pero que esté recortando visiblemente distancias. En cualquier caso, hay locutores capaces de pronunciar el nombre en cuestión con tanto énfasis que el oyente se ahorra el suspense. A menudo, desde el jardín polvoriento no era capaz de distinguir claramente los nombres, pero sí de detectar aquel tono enfático que anunciaba de antemano el resultado de una carrera, al tiempo que esperaba que el nombre así pronunciado fuera uno que me pareciera digno.

Hoy en día, cuando conduciendo a solas oigo la narración de los progresos de unos caballos para mí desconocidos, a menudo me decanto por el que lleva el nombre que más me gusta. Entonces me imagino que soy uno de los propietarios del caballo, o que he apostado una gran suma de dinero a su victoria, y escucho con gran atención, con la esperanza de oír el nombre elegido pronunciado con el énfasis que aprendí a distinguir hace casi setenta años. En una de esas ocasiones, recientemente, el caballo invisible que elegí tenía un nombre que me gustaba mucho, pero fue siempre rezagado, para emplear una de las muchas expresiones típicas de los locutores y periodistas ecuestres.

Aunque de niño tenía mis sueños, nunca quise ser locutor de carreras. Debí de darme cuenta de que nunca iba a ser lo bastante bueno ni imparcial durante el transcurso de una carrera para narrar su desarrollo de forma fiel. Y, sin embargo, durante gran parte de mi vida a menudo la emoción me ha empujado a oír mentalmente o a susurrar en voz

baja o incluso, a veces, estando solo, en voz alta unas frases o una simple palabra de la locución de una carrera que nunca ha tenido lugar sobre la faz de la tierra. Esa emoción me embargó, por ejemplo, en la oportunidad que acabo de mencionar, cuando el caballo cuyo nombre me gustaba terminó entre los colistas. Iba conduciendo por una carretera secundaria con un asfaltado estrecho, en el que solo cabía un vehículo. Habría podido dar rienda suelta a mi expresividad no solo una vez, sino varias veces, pero entonces vi por el retrovisor que llevaba un camión enorme pegado a la parte de atrás del coche. Al parecer yo había ido reduciendo la velocidad, ensimismado en la carrera, y el conductor del camión estaba ansioso porque volviera a circular al límite de velocidad o me apartara al arcén de grava y lo dejara pasar.

Justo en aquel momento vi un cartel a mano izquierda y puse el intermitente. La carretera que cogí era de gravilla y estaba cubierta de árboles. Imaginé que llevaba a Little Desert, aunque a ambos lados los prados estaban exuberantes y había algunas ovejas. Encontré un lugar lo bastante ancho para dar media vuelta y me detuve. Bajé la ventanilla del conductor. Primero escuché el profundo silencio. Y entonces me llené los pulmones y grité algo que llevaba ya bastante tiempo queriendo gritar. Acto seguido vi cómo, al otro lado de la verja, tal vez una docena de ovejas levantaban la cabeza y miraban hacia mí. Esperé a que todas volvieran a pastar y volví a gritar, no a las ovejas, sino a los radioyentes ideales del mundo ideal que había imaginado hacía casi setenta años, cuando había oído por primera vez cómo una voz incorpórea gritaba con considerable énfasis un nombre como *Something for the Pain*.

2. El borracho de la sala de baile

Nunca aprendí a bailar. En diferentes momentos durante la década de 1950, mi madre, mi primera novia y las profesoras de dos escuelas de baile distintas intentaron enseñarme, sin resultado. No soy por naturaleza una persona torpe, pero eso de colocar los pies en las posiciones adecuadas al tiempo que sujeto a una mujer cerca de mí y entablo con ella una conversación intermitente siempre me ha superado, no sé por qué. De joven fui a unos cuantos bailes y alguna vez incluso me atreví a bailar con alguna chica. ¿Qué digo? Nunca *bailé* con nadie. Lo que hacía era tropezar y tambalearme, intentando no dar la nota sobre la pista, mientras rezaba porque la música terminara. Aún a día de hoy sigo profundamente agradecido al puñado de chicas, quienesquiera que fuesen, que se deslizaban hacia atrás ante mí, manteniéndose a una distancia prudencial de mis más que torpes pies.

Sí, algunas veces me lancé, pero por lo general prefería quedarme al fondo de la sala de baile con el resto de chicos reacios a bailar o incapaces de hacerlo. Sabía que éramos el equivalente masculino de esas chicas que se pasaban la velada entera sentadas porque nadie las sacaba a bailar. Tal vez incluso entendía que éramos unos cobardes en comparación con ellas: las chicas se sentaban a solas, valerosamente, mien-

tras que los chicos intentábamos escondernos entre la manada. Me pregunto si alguna vez fingiría estar enfrascado en una conversación seria con alguno de mis compañeros, como si tuviéramos que resolver un asunto de vital importancia antes de volver a la frivolidad de la pista de baile.

Casi veinte años antes de que naciera yo, mi padre también prefería la parte de atrás de los bailes y por lo menos en una ocasión tuvo una conversación seria con otro de su misma especie. Aunque tal vez la frase se preste a confusión. El interlocutor de mi padre era como él en el sentido de que también era reticente a bailar, pero al mismo tiempo no se le parecía nada porque iba borracho. (Mi padre fue abstemio toda su vida.) Es posible que el otro estuviera borracho ya al llegar al baile, o a lo mejor algunos de los jóvenes presentes habían estado bebiendo cerveza o licor a oscuras, en la calle, como debía de suceder a menudo en el distrito rural donde creció mi padre. Pero con independencia de qué o dónde bebiera, desde luego tenía que estar borracho para hablar de lo que habló con mi padre en la parte de atrás de la pista de baile.

Esto que estoy escribiendo no es historia, sino una recopilación de impresiones y ensoñaciones recordadas. Con el respaldo de apenas una estadística, me dispongo a relatar uno de los cambios más notorios que han experimentado las carreras de caballos en el transcurso de mi vida. A partir de la década de 1960, momento en que se legalizaron y se generalizaron las apuestas desde fuera del hipódromo, el número de corredores de apuestas presentes en los hipódromos no ha hecho más que disminuir y expresiones como «derrotar al corredor de apuestas» han quedado obsoletas. Las cosas eran muy distintas cuando yo era joven y, por lo que he leído y oído, todavía lo eran más antes de que yo naciera.

Acabo de echarle un vistazo a una guía de carreras que compré por dos chelines un frío día de junio de 1964 en que fui a las carreras de Caulfield con una chica que más tarde se convertiría en mi esposa. La lista de los corredores que apostaban aquel día incluye 266 nombres. En el acontecimiento equivalente de este año había tal vez una décima parte.

La escala de las apuestas también parece haber disminuido. La legalización de las apuestas desde fuera del hipódromo supuso un aumento considerable de los ingresos de los clubes de carreras y compensó con creces el declive de los ingresos por taquilla. Gran parte de ese incremento en los ingresos se destinó a aumentar los premios que se abonaban a los propietarios de caballos ganadores y colocados. Hace años ya que los propietarios que tienen éxito pueden recuperar gran parte de sus gastos mediante los premios obtenidos. Pero en la década de 1960 y antes, la única forma que tenía un propietario de lograr beneficios era apostando. Conocí a un pequeño propietario que, en la década de 1950, apostaba doscientas libras a su caballo antes de cada carrera. En esa época se trataba de una cantidad muy modesta para un propietario y, sin embargo, actualmente equivaldría a más de diez mil dólares. Cuando uno de los establos punteros estaba seguro de las posibilidades de uno de sus caballos, el propietario, el entrenador y los seguidores del establo organizaban lo que se conocía como un *plunge*. Comisionistas bien conocidos por los principales corredores de apuestas bajaban al recinto de apuestas a una hora convenida y apostaban por valor de cientos o incluso miles de libras de forma simultánea, antes de que los corredores tuvieran ocasión de reducir las cuotas. Durante la Edad Dorada de las Apuestas, la principal preocupación del entorno de un caballo era conseguir las mejores cuotas posibles el día en que tenía más probabi-

lidades de victoria. Muchas veces, los responsables de un caballo lo «preparaban» para una carrera u otra con muchos meses de antelación. Los comisarios hacían lo posible por garantizar que todos los caballos corrieran siempre al máximo de sus posibilidades, o que por lo menos lo intentaran, pero en la mayoría de carreras entre los no colocados había caballos «fríos» o «muertos»: sus *jockeys* tenían instrucciones de terminar entre el pelotón para que los corredores de apuestas les asignaran unas cuotas más lucrativas el día en que el propietario, el entrenador y su entorno decidieran lanzar el *plunge* y el caballo pudiera finalmente mostrar sus verdaderas capacidades.

En la década de 1950, F. H. Slamen (chaquetilla marrón con franjas amarillas y gorra amarilla) era propietario de una cadena de agencias de noticias, así como de numerosos caballos de carreras repartidos entre varios entrenadores. Se decía que el señor Slamen quería que sus caballos llegaran siempre o bien primeros, o bien últimos. Típicamente, un caballo que lucía los colores marrón y amarillo participaba en cinco o seis carreras a lo largo de varios meses y siempre terminaba en las posiciones de cola. Entonces, un día, y sin previo aviso, ese caballo recibía un desproporcionado aluvión de apuestas a su favor. Para emplear una expresión típica de los hipódromos, los apostadores caían de los árboles (es decir, que anteriormente se habían estado escondiendo entre las hojas para pasar desapercibidos a ojos de los corredores de apuestas, que, de haberse olido que se preparaba un *plunge*, habrían ofrecido unas cuotas mucho más reducidas).

Los corredores, naturalmente, no se quedaban sentados encajando sumisamente los reveses y *plunges* encarnizados. De hecho, los principales corredores pagaban por información a los espectadores de los entrenamientos matutinos

y, según decían los rumores, también a espías de establos y empleados desafectos. Los entrenadores, por su parte, adoptaban contramedidas. Ray McLaren (chaquetilla roja con banda y gorra blancas, y mangas azules), un astuto entrenador de Mentone que quería someter a uno de sus caballos a un último entrenamiento a contrarreloj antes de dar el vuelco a las apuestas, se llevó el caballo —creo que se trataba de Fordell— hasta Pakenham y lo hizo correr al mediodía en una pista desierta.

Mi padre me contaba a menudo que en su época, que fue desde el inicio de la década de 1920 hasta fines de la de 1930, las carreras de caballos eran todavía más famosas por las conspiraciones e intrigas. No es de extrañar, pues, que una noche se sentara pacientemente junto un joven ebrio, al fondo de una pista de baile del sureste de Victoria, y se dedicara a reconstruir las piezas de un elaborado plan. Al parecer, había un caballo del distrito de Warrnambool, un animal de salto con unos registros francamente pobres, al que en pocas semanas iban a trasladar en tren a Sídney, donde varias personas iban a apostar un dineral por él, aprovechando la elevada cuota a la que se cotiza su victoria en una carrera de obstáculos. (En aquella época todavía se disputaban carreras de obstáculos en Nueva Gales del Sur.) El resto de la historia se cuenta muy rápido. Mi padre viajó personalmente a Sídney y se embolsó varios cientos de libras gracias a ese caballo. (Más dinero del que ganaba en un año con los trabajos pesados a los que se dedicaba.) Sí, esa parte se cuenta muy rápido, y de hecho mi padre me la contaba a menudo, pero hay una serie de detalles más interesantes que tan solo puedo aventurar. ¿Quién era aquel insensato? Su nombre no me interesa, pero me gustaría mucho saber cómo un bozacas borracho se había enterado de una maquinación urdi-

da por un grupo de conspiradores del mundillo de los hipódomos. ¿Estaba soltando aquella valiosa información sin ton ni son y mi padre la pescó por casualidad? ¿O eligió a mi padre y la compartió solo con él, entre susurros? ¿No bailaba porque ya había llegado borracho, o se había emborrachado para disimular su timidez o su incompetencia como bailarín?

No me cuesta nada imaginar varias versiones de la historia, pero si algo sé de mi padre es que habría preferido mil veces sentarse a escuchar a un borracho que pedirle a una chica que lo acompañara a la pista de baile. Como a mí, bailar se le daba fatal y la compañía femenina lo incomodaba. Las carreras de caballos eran a menudo para él lo que a veces han sido para mí: una especie de vocación superior que nos servía de excusa para no tomar parte en el mundo cotidiano.

Índice

editorial minúscula

1. Something for the Pain: algo para el dolor, 7
2. El borracho de la sala de baile, 17
3. Un final a lo Bernborough, 23
4. Apostamos por Money Moon, 33
5. Gerald y Geraldo, 41
6. A. R. Sands, semidiós, 53
7. Miss Valora y Pat Tully, 67
8. Los dos Maikais, 77
9. Illoura y Miss Lawler, 91
10. Planillas y Otto Fenichel, 99
11. Lickity y la tía excéntrica, 113
12. Chaquetilla naranja con mangas moradas
y gorra negra, 123
13. Pavia y Tulloch, 131
14. Basil Burgess en Moonee Valley, 139
15. P. S. Grimwade en las Central Highlands, 149
16. ¿Alguien ha visto a Rio Robin?, 161
17. Palatial, el caballo de los sueños, 171
18. Hubo un emperador llamado Napoleón, 177
19. Targie y Ladies' Pants, 189
20. Elkayel y los enezetos, 199
21. Summer Fair y la señora Smith, 207
22. Sir Flash y los frontereros, 219
23. La catedral del Sagrado Corazón, en Bendigo, 233
24. Mary Christian Murday, con domicilio en
la misma dirección, 243
25. Reward for Effort: la recompensa al esfuerzo, 253
26. Empieza la carrera en las Antípodas, 261
27. Lord Pilate y Bill Coffey, 269